Consulta, hijo mio, á la fe que profesas; consulta al mismo tiempo á la razon, y no desearás tanto los honores ni las alabanzas.

Variando entónces de objeto tu ambicion, desearás únicamente la gloria que tiene Dios reservada para sus escogidos.

Si los hombres te olvidan y te miran como á una persona con quien no se puede contar, no te entristezcas por esto, ántes bien regocíjate, porque no hay camino que conduzca con mas seguridad al ensalzamiento de una alma en el cielo, que el de la humillacion que se padece con un verdadero espíritu de religion.

Deja, pues, á los partidarios del mundo todos estos títulos y vanas distinciones de que hacen tanto caso, y reserva para tí una gloria mas sólida y verdadera.

Pide frecuentemente á Dios, á ejemplo de David, *que no te deje poner los ojos sobre la vanidad* (1) de las cosas de la tierra.

¡Cuántos no se han perdido, por su desgracia, por haber mirado al mundo como á su ídolo. No aumentes el número de los insen-

(1) Ps. CXVIII, 37.

satos que aun le tributan diariamente adoraciones.

SIERVO. Yo me aprovecharé ¡oh Vírgen Santa! de vuestro ejemplo y de vuestras lecciones. No quiero ni deseo otra gloria que la que es consiguiente á la imitacion de vuestras virtudes.

Pero como mi corazon es flaco y fácil en volverse atras, imploro ¡oh Vírgen poderosa! vuestra asistencia. Alcanzadme, pues, aquella firmeza de alma de que necesito para elevarme sobre el desprecio del mundo y sus pérfidas caricias.

CAPITULO XXXI.

De la necesidad que tenemos de sufrir al prójimo con espíritu de caridad y dulzura.

SIERVO. ¡Oh Vírgen, que escedeis en dulzura á todas las puras criaturas! Vos me enseñais bien por la conducta que observásteis con tantos ingratos á quienes enseñaba Jesus su doctrina celestial, y en cuyo favor obraba los mas grandes prodigios, cómo debo yo sufrir los defectos de mi prójimo.

Si alguna vez se daban á Jesus bendiciones y alabanzas, ¿cuántas veces no tuvo que sufrir las contradicciones mas violentas?

La envidia se habia dedicado á suscitarle enemigos que destruian su doctrina, trataban sus milagros de prestigios, y lo pintaban á él mismo con los colores mas odiosos.

¿Cuántas veces no fuísteis testigo de estos escesos? Pero vos ¡oh Vírgen Santa! á ejemplo de vuestro Divino Hijo, *no teníais por sus enemigos sino sentimientos y pensamientos de paz* (1). Teníais horror al pecado, pero amábais al pecador.

Movida únicamente de la ofensa de Dios, no esplicábais de ninguna manera vuestras quejas contra estos hombres insensibles, ántes bien os dignábais interceder por ellos con vuestro Hijo.

¡Ay de mí! observábais con ellos la misma conducta que la que practicais hace tantos años conmigo.

Yo soy, Señora, el siervo mas infiel y mas ingrato, y vos me sufris con bondad, y me alcanzais siempre de Dios nuevos favores.

Madre del Dios de la paz: alcanzadme la

(1) Jerem. xxix, 11.

gracia de *que yo no ofenda mas á nadie con mis malas palabras* (1).

¡Oh vos, cuyo solo nombre hace nacer en el alma sentimientos de suavidad y dulzura! pedid para mí esta virtud, y aquel espíritu de paz que nos hace dignos del título glorioso de *hijos de Dios* (2).

María. Yo intercederé por tí, hijo mio; pero es preciso que correspondas por tu parte á las gracias que te consiga. La gracia no quita las dificultades; lo que sí hace, es ayudar á vencerlas.

Bien sé que el prójimo te servirá muchas veces de carga por su humor inconstante, por sus ideas estravagantes, por sus modos estraordinarios; pero la gracia, si tú corresponde fielmente á ella, te ayudará á vencer todas esas repugnancias, y tendrás al mismo tiempo mucho mérito.

Las ocasiones de hacer actos heróicos de virtud no se presentaban todos los dias á los santos, pero sí las de sufrir con paciencia los defectos de su prójimo, y de este modo hermoseaban cada dia mas su corona.

La vida del cristiano es una vida de sacri-

(1) Eccles. xviii, 15.—(2) Mach. v, 45.

ficios, y el prójimo por sus defectos presenta todos los dias ocasion de multiplicarlos.

No hay hombre que no peque en muchas ocasiones (1), y por lo mismo todos deben aprovechar los medios de expiar sus pecados; y el mas poderoso de todos es el de sufrir al prójimo con espíritu de penitencia.

Ademas de que, hijo mio, no hay hombre que no tenga defectos, y aquel que tenga ménos será el mas perfecto.

Encontrarás defectos en tus hermanos, y éstos los hallarán en tí: procura no ser del número de aqnellas personas que creen no tener ninguno, porque es el mayor de todos.

Pues que tus hermanos te toleran tal como tú eres, súfrelos tú tambien tales como ellos son.

Para disimular las faltas de tu prójimo, basta que apliques aquella paciencia de que necesitas para sufrirte á tí mismo en aquellos defectos que no puedes ménos de reconocer en tí.

Hace mucho tiempo que trabajas en corregirte, y tu trabajo ha sido hasta ahora en

(1) Jacob. III, 2.

vano. ¿Pues cómo quieres corregir los defectos de los otros?

Por mas quejas y murmuraciones que formes sobre los disgustos que te han hecho sufrir algunas personas, puedes estar seguro de que por este medio ni las corregirás, ni remediarás nada.

El único partido que debes tomar, es el de pedir á Jesus su ayuda para aprovecharte de aquellas ocasiones para probarte á tí mismo, y afirmarte mas en la virtud.

CAPITULO XXXII.

De la resignacion que se debe tener en la voluntad de Dios, aun en aquellas cosas que parecen contrarias á los intereses de su gloria.

Siervo. ¡Qué motivo de dolor no seria para vos, oh Vírgen piadosa, el ver el poco fruto que sacaban los judíos de las predicaciones de Jesus!

Su doctrina celestial, sostenida con las mas grandes maravillas, no era bastante á convertir una multitud de espíritus obstinados que vivian contentos en su ceguedad.

Semejantes á los enfermos que apartan la mano del que los quiere curar, despreciaban aquellos incrédulos la salud que se les ofrecia.

¿Cuáles serian entónces vuestros sentimientos, oh Madre tierna? Llorábais la ceguera y obtinacion de aquellos hombres perversos; pero llorábais en paz y no cesábais de pedir al cielo su conversion.

María. Ninguno, hijo mio, deseaba mas que yo el que Jesus fuese conocido. El zelo que tenia por su gloria, me hacia sentir mas vivamente el endurecimiento de los judíos; pero ¿por qué debia yo perder la paz de mi alma?

Yo sabia que se sirve Dios muchas veces de los malos para la ejecucion de sus designios, y que sabe sacar el bien del mal. Lo que hacia era adorar aquella sabiduría infinita que permite algunas veces el triunfo de la iniquidad.

Siervo. Esta paciencia ¡oh Vírgen Santa! me servirá de modelo en todos los sucesos de mi vida, y especialmente en aquellos en que vea que quiere vacilar mi fe.

María. Sí, hijo mio: cuando vieres al crímen que camina orgulloso con la cabeza erguida á insultar al inocente, no te dejes arrebatar de los movimientos de un zelo amargo, que se irrita y llena de indignacion, porque la religion te lo prohibe.

¿Por qué no has de sufrir tú lo que sufre el mismo Dios? ¿No podria acaso impedir lo que á tí te sirve de motivo de escándalo? Pues cuando no lo hace, forzoso es que tenga designios en permitirlo, y á la criatura ninguna otra cosa le toca sino adorarlos.

Nada sucede en este mundo sin que Dios lo permita. Tanto el mal como el bien, sirven á las ideas de la Providencia, y estas ideas no son conocidas de los hombres. Dia vendrá en que se conozca toda su justicia y sabiduría.

Es verdad que no debes ser insensible á los males de la religion: justo es que te aflijas por ellos, y aun te es permitido el quejarte amorosamente á Dios.

Pero escandalizarte hasta tal punto que sea en detrimento de la fe ó de la paz de tu corazon, esto no es un verdadero zelo, sino un abuso y un esceso reprensible.

Una virtud no destruye á otra. La sumision del entendimiento á todo lo que Dios

permite, se puede muy bien componer con un verdadero zelo por la gloria de Dios.

Hay males que piden tus lágrimas y tus gemidos; pero lágrimas derramadas á los piés del Señor, y gemidos exhalados en su seno.

Comunícale tus penas: suplícale que ponga fin á lo que te aflige, y dile con una libertad santa, de lo cual no se ofenderá:

Levantaos, Señor. ¿Por qué haceis del dormido? ¿Por qué apartais de nosotros vuestra vista? ¿Por qué nos olvidais en nuestras aflicciones (1)?

Mirad, Señor, que se os declara la guerra: que se ultraja vuestro Santo Nombre; que se blasfema de vuestra religion, y que se pretende destruir vuestras obras.

Vengad vuestra causa, y no permitais mas tiempo que prevalezca la iniquidad, pues que se interesa en ello vuestra gloria.

De este modo cumplirás, hijo mio, con lo que exige de tí el zelo por la gloria de Dios y de la religion, y esperarás en paz que el Señor te venga á consolar.

(1) Ps. XLIII. 23.

CAPITULO XXXIII.

De las señales de la verdadera santidad.

Una muger esclamó en una ocasion en presencia del Salvador de esta suerte: *¡Dichoso el vientre que os llevó, y los pechos que mamásteis* (1)!

Mas bien debes decir, respondió Jesus: *¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra* (2)!

Jesus dió á entender en estas palabras que la dignidad de Madre de Dios no fué la que distinguió mas á María, sino su constante fidelidad en todos los deberes de la religion; y que su principal mérito no estuvo en la prerogativa de su maternidad que recibió de Dios, y Dios solo, sino en su santidad que tambien la tuvo de Dios, pero mediante su correspondencia y sus buenas obras.

Lo que Dios hace por nosotros no es precisamente lo que nos hace dignos de las

(1) Luc. XI, 27.—(2) Ibid. 28.

recompensas que nos tiene prometidas, sino lo que nosotros hacemos por Dios correspondiendo á los auxilios que nos comunica.

El buen siervo, de quien habla el Evangelio, no hizo consistir su mérito en haber recibido cinco talentos, sino en haber sabido aprovecharse de ellos.

Vosotros os gloriais, y con razon, porque os hallais revestidos de la calidad de hijos de Dios, que recibísteis en el bautismo; pero deberíais reflexionar que esta calidad por sí sola no os dará ningun lugar entre los santos, miéntras no sepais mantenerla por medio de la santidad de vuestra vida.

Entre los santos hay muchos que han tenido raptos y éxtasis; pero no es esta la razon porque les debeis envidiar su suerte. Ellos han sido constantemente fieles á la voluntad de Dios, y en esto es en lo que vosotros debeis procurar imitarlos.

Los que abrazan una profesion santa, no deben descansar sobre la santidad de su profesion, sino sobre su vigilancia y exactitud en cumplir las obligaciones que les impone.

Júdas, segun las apariencias, hizo milagros, y sin embargo, fué un réprobo. De San Juan Bautista no se lee que los haya hecho,

y no obstante le da el Hijo de Dios en el Evangelio los mas grandes elogios.

Bien puede uno llegar á ser alguna cosa en la estimacion de los hombres sin la santidad de la vida; pero delante de Dios ninguna cosa tiene precio sino el ser santo.

Ninguno puede llegar á conseguirlo sino practicando obras santas, y este ejercicio es el que debe ser para nosotros, así como lo fué para María, el fundamento de nuestra gloria.

Es necesario que os persuadais que Dios no ha ligado vuestra salvacion á los dones estraordinarios de la naturaleza ó de la gracia, sino que en cierto modo os ha hecho dueños de ella, haciéndola depender de vosotros, correspondiendo á sus divinos auxilios.

Aquel ¡oh Dios mio! *será digno de entrar en vuestro tabernáculo eterno que camine en la inocencia, y cumpla todos sus deberes.* (1).

(1) Ps. XIV, 2.